

LA «EDAD DE PLATA» (1868-1936) Y LAS GENERACIONES DE LA EDAD DE PLATA. CULTURA Y FILOLOGÍA

FRANCISCO ABAD
UNED. Madrid
fabad@flog.uned.es

RESUMEN

Estos párrafos aluden al «siglo liberal» y la «edad de plata» de la cultura española, y a sus generaciones (de la de 1868 a la de 1936), y hacen referencia a la obra filológica de autores como Amado Alonso, José Manuel Blecua Teijeiro o Emilio Orozco.

PALABRAS CLAVE: filología; edad de plata de la cultura española; Amado Alonso; José Manuel Blecua Teijeiro; Emilio Orozco.

RÉSUMÉ

Ces paragraphes font allusion au «siglo liberal» et à l'« edad de plata » de la culture espagnole et à ses générations (de celle de 1868 à celle de 1936), et font référence à l'œuvre philologique d'auteurs comme Amado Alonso, José Manuel Blecua Teijeiro ou Emilio Orozco.

MOTS-CLEF: filologie; «edad de plata» de la culture espagnole; Amado Alonso; José Manuel Blecua Teijeiro; Emilio Orozco.

PROPÓSITO

A petición de los alumnos ordenamos en estas modestas notas varios datos y referencias que de manera oral y también en nuestros escritos, constituyen un marco de referencia que deseamos transmitirles: el de la relevancia intelectual, cultural y civil de las generaciones españolas que van desde la de 1868 a la de 1936, y el de la relevancia -aun en sus miserias (la situación obrera tantas veces y la todavía peor en los campos, etc.)- de nuestro siglo liberal histórico. Consideramos a buena parte de los autores del 36, que se habían formado ya antes de la guerra civil y que incluso publicaron en los años 1936/1939, en tanto autores que han de considerarse en esa «Edad de Plata»; Jaime Vicens Vives, José Ferrater Mora, Julio Caro Baroja, etc., dieron lugar asimismo a un tiempo de esplendor de la cultura, aunque su obra estuviese desplegada en lo fundamental tras la contienda.

Los presentes párrafos complementan en un sentido las «Glosas en torno a Amado Alonso» publicadas con suma limitación de espacio en *Palabras y recuerdos. Homenaje a Rosa María Calvet* (UNED, 2004), y hacen referencia en un momento a la «Junta para Ampliación de Estudios», de la que en este 2007 se celebra el centenario.

EL SIGLO LIBERAL ESPAÑOL Y LA «EDAD DE PLATA»

En términos académicos la historia contemporánea española se estima que transcurre entre hacia 1808 y nuestros días. Algún autor ha insistido en particular en que como realmente el verdadero e irreversible paso a lo contemporáneo no se produce sino tras 1833, debemos entender por «España contemporánea» nada más que este tiempo que se inicia luego de la desaparición de la monarquía absoluta fernandina.

Podría asimismo decirse que en 1808/33 estamos en los pródromos de nuestra Edad Contemporánea, que se inicia a fines del año 33 con la nueva división territorial, en 1834 con el Estatuto Real y la Cuádruple Alianza, etc., y que se prolonga así hasta nuestros días.

Aunque las anteriores consideraciones pueden dar lugar a bastantes páginas, de cualquier manera que sea lo que ahora nos importa más es la unicidad llamada «Edad de Plata» de la cultura española y asimismo otra unicidad menos advertida quizá que es la del «siglo liberal español», que unos datan más estrictamente entre 1837 y 1936, y otros -de manera más amplia- entre 1834 y 1936; estamos de cualquier forma ante un siglo (aproximadamente exacto) de vigencia constitucional.

A la conciencia colectiva española se la ha educado en la idea de que tenemos una Edad Media heroica (el Cid, etc.), y un llamado Siglo de Oro asimismo heroico (hazañas de América, Flandes en otro sentido, etc.) y de esplendor inigualado de los teólogos, los literatos en lengua vernácula, o los pintores; no obstante esa misma conciencia no ha sido informada de otro momento de asimismo importante relieve en nuestras experiencias como pueblo: nos referimos justamente a este «siglo liberal». El siglo XVIII y sobre todo el XIX están muy estigmatizados en las valoraciones tradicionales y conservadoras, pues se los ve como centurias extranjerizantes y demoliberales (la segunda); incluso se ha hablado de los años o los siglos que no debieran haber existido. Desde el punto de vista

de los valores civiles, de la ética colectiva, del pensamiento, las letras y las artes, etc., el siglo liberal ofrece componentes y momentos de no menos de relieve y no menos necesarios de conocer que los del conocido como «Siglo de Oro».

En el transcurso de este siglo contitucional se despliega además la «Edad de Plata» de la cultura española, que va de hacia 1868 a 1936; de ninguna manera puede quedar reducida la cronología de la Edad de Plata a los años del primer tercio del siglo XX, según una difundida concepción que nos parece que no responde en absoluto a los hechos. De otra parte y por justicia histórica hay que recordar que fue en 1963 el penetrante historiador José María Jover quien planteó tal concepto historiográfico de «Edad de Plata de la cultura española»; lo hizo en un momento de su colaboración en el volumen escrito por los entonces catedráticos de la Universidad de Valencia Antonio Ubieto, Juan Reglá y el propio Jover, *Introducción a la Historia de España*, en la que se proclamaba:

A partir de 1875 la cultura española emprende un camino ascendente que va a llevarla muy pronto a un período de apogeo sin precedentes desde el Siglo de Oro. [...] En la época del eclecticismo [1843-1875], la cultura española tiene un carácter provinciano, secundario, carente de nivel en relación con el resto de Europa. [...] Entre 1875 y 1936 se extiende una verdadera Edad de Plata de la cultura española durante la cual la novela, la pintura, el ensayo, la música y la lírica peninsulares van a lograr una fuerza extraordinaria como expresión de nuestra cultura nacional, y un prestigio inaudito en los medios europeos. Los nombres de Pérez Galdós, de Sorolla, de Unamuno, de Ortega, de Ramón y Cajal, de Menéndez Pelayo, de Albéniz, de Benavente y de García Lorca expresan entre otros muchos, este prestigio europeo de lo español que [...] no tenía precedente desde mediados del siglo XVII.

Así quedó planteado –según decimos– este concepto historiográfico de Edad de Plata; luego otras versiones del mismo lo han limitado a referirse a la época 1898-1936 (o 1902-1939, etc.), creemos nosotros que con falta de adecuación empírica, pues el espacio temporal 1868-1936 (digamos) resulta una unicidad histórica que no ya los estudiosos, sino quienes han vivido en ella identifican y reconocen: don Julio Caro Baroja ha manifestado alguna vez la sensación íntima y vivencial que posee de esa continuidad entre el tercio último del Ochocientos y el tercio inicial del siglo XX: «el ciclo que abre [la revolución de 1868] –mantiene–, se cierra en 1936».

Recordemos asimismo que la fase de la Edad de Plata que se corresponde históricamente con la Restauración (1875-1902) quedaba caracterizada en las páginas a que venimos aludiendo de José M^º Jover en tanto se distinguió «por una considerable voluntad de trabajo en el orden científico (Cajal, Menéndez Pelayo, Hinojosa, Ribera), por un esfuerzo de europeización (Institución Libre de Enseñanza), por un predominio de la observación y de la descripción en el campo de la creación artística (novela, pintura)».

A propósito de estos tiempos «de plata» dentro del siglo constitucional puede aludirse a cómo no han quedado bien planteados –nos parece– en los tomos XXXVI/2 y XXXIX en la *Historia de España* de Espasa-Calpe o *Historia de España* Menéndez Pidal: no se articula bien en ellos la secuencia 1875/1902 con la de 1898/1936, no se denomina sino a la segunda «Edad de Plata», no se dedica –según se hubiese esperado– una referencia adecuada a la labor historiográfico-filológica del propio fundador de esa *Historia...* don Ramón Menéndez Pidal, etc.

Resulta muy necesario que se identifique y analice en el pasado español la existencia de su siglo constitucional o liberal, y que, entre los aspectos que han de considerarse, se atienda asimismo al apogeo de la cultura dentro del mismo.

Quedan copiadas unas líneas del prof. José María Jover porque hemos creído necesario que se conozca en su literalidad de hace cuarenta años un planteamiento que nos parece instrumental y conceptualmente oportuno y adecuado; tampoco nos parece que sobre estampar aquí y tomar en consideración unas líneas que justamente el mismo año 1963 podían leerse en la edición revisada y ya póstuma aparecida entonces de la bella e instructiva *Historia de la literatura española* de Ángel del Río. Se refería este autor soriano al krausismo español en tanto una ideología o un estilo de vida, y decía cosas que pueden parecer elementales, pero que hoy día resultan un tanto olvidadas en los estudios filológicos y olvidadas cuando se da enseñanza a las generaciones jóvenes; copiamos en abreviatura este pasaje pertinente de del Río:

Del krausismo directa o indirectamente proceden instituciones importantes tendientes [sic; la palabra la registra el *Diccionario del español actual* de Seco y Andrés] a dar nuevo sentido a la actividad universitaria y muy relacionadas con la literatura del siglo XX como la Junta para Ampliación de Estudios, el Centro de Estudios Históricos o la Residencia de Estudiantes. Al krausismo se debe en gran medida el deseo de revisión de valores y de nueva espiritualidad de las siguientes generaciones. [...] Giner y Cossío despiertan en los jóvenes el gusto por las excursiones al Guadarrama, a Toledo y otras viejas ciudades y el aprecio de lo popular español, del folclorismo, compatible con la admiración por la cultura europea. [...] Del ambiente filosófico creado por el krausismo, aunque reaccione violentamente contra él, parte el pensamiento del joven Unamuno y consecuencia de él será la ida a Alemania de Ortega [...]. En forma menos tangible pero no menos cierta en el reflejo de la sensibilidad que irradia de la labor educativa de los krausistas puede percibirse en el gusto de Azorín por lo menudo, por los pueblos y el paisaje[,] o en el lirismo de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez . [...] Y hasta sería posible prolongar su influjo a poetas más jóvenes [...]: Moreno Villa, Guillén, Lorca, Emilio Prados.

Nos encontramos en efecto ante un párrafo precioso y lleno de incitaciones intelectuales: en realidad nos deja sugerido en parte un guión posterior de trabajo, a saber: el Centro de Estudios Históricos, la impregnación krausista-institucionista de García Lorca (a la que ya nos hemos referido en otra ocasión), etc.

GENERACIONES Y AUTORES

Vienen saliéndonos ya nombres de autores, y debemos encuadrarlos en la zona de fechas de nacimiento a la que pertenecen respectivamente. Entendemos las presentes generaciones en un sentido un tanto débil del concepto (pertenecer a una generación no significa ni mucho menos que se tenga que pensar y actuar igual). Cuenta desde luego en la generación la fecha de nacimiento –según postulaba Julius Petersen–, y puede contar asimismo lo que el propio Petersen denominaba situación de la generación o «vivencia temporal común limitada a un determinado espacio, y que establece afinidad por la participación pareja en los mismos acontecimientos y contenidos vivenciales [... que...] crea la disposición para una dirección vital parecida».

En la cultura española contemporánea las fechas de nacimiento que nos permiten hablar de sucesivas generaciones intelectuales desde la generación de 1868 hasta la generación de 1936 son:

- a) generación de 1868 (nacidos entre 1831 y 1845): Giner, Galdós, Pereda, Lucas Mallada, etc.
- b) generación de ¿1883? (nacidos entre 1846 y 1860): Costa, Menéndez Pelayo, Clarín, Ramón y Cajal, Pardo Bazán, Hinojosa, etc.
- c) generación de 1898 (nacidos entre 1861 y 1875): Unamuno, Baroja, Azorín, Valle-Inclán, Antonio Machado, Maeztu, Menéndez Pidal, etc.
- d) generación de 1914 (nacidos entre 1876 y 1890): Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Eugenio D'Ors, Juan Ramón, Américo Castro, etc.
- e) generación de 1927 (nacidos entre 1891 y 1905): Guillén, Lorca, Salinas, Dámaso Alonso, José Gaos, Sánchez Albornoz, Zubiri, etc.
- f) generación de 1936 (nacidos entre 1906 y 1920): Miguel Hernández, Blas de Otero, Julio Caro Baroja, Julián Marías, Aranguren, Laín, Vicens, Lapesa, José Antonio Maravall, José Ferrater Mora, etc.

Adoptamos el concepto de «generación» –según queda dicho– en un sentido débil, es decir, en tanto comunidad de edad y comunidad espacial que puede dar lugar a coincidencias muchas veces secundarias, y en el todo de estas generaciones que van del 68 al 36 encuadramos a los sucesivos autores de relieve en la historia intelectual española contemporánea.

Tiene interés evidente (e. gr.) el pensamiento de Galdós; no vamos a aludir ahora a él, aunque cabe lamentar que no exista una exposición de conjunto de su pensamiento, en el que entra como componente capital el de la demofilia, el del respeto y el amor al pueblo entendidos a la vez como respeto a cada vida humana singular: todos los *Episodios Nacionales* están llenos de un grito en favor de que no exista la pena de muerte, en contra de que un ser humano pueda disponer de la vida de otro ser humano. Desde esta perspectiva los *Episodios* llevan en sí un formidable alegato ético que perdurará por siempre para gloria moral del siglo XIX y de don Benito.

Tienen interés evidente muchos otros nombres (algunos quedan mencionados), pero nosotros vamos a detenernos primero en un autor de la escuela de Menéndez Pidal: Amado Alonso.

EL «CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS»

En efecto a través de las informaciones que proporcionan las sucesivas Memorias de la Junta para Ampliación de Estudios ya nos hemos referido alguna vez a los nombres de maestros y discípulos que dieron lugar al «Centro de Estudios Históricos» de esa JAE. Recordémoslos.

La *Memoria* de la JAE de 1910-1911 habla de una «Sección» en ese «Centro» llamada de «Orígenes de la lengua española» y que estaba dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal; años más adelante vamos a ver enseguida que la Sección cambia de nombre. En es-

tos tiempos de Sección dedicada a los orígenes de la lengua española, la *Memoria* de los años sucesivos registra diferentes investigadores que con una u otra cualidad se hallan vinculados a la misma: decimos así que don Ramón figura como director. Otros estudiosos que van apareciendo son Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Federico Ruiz Morcuende, Justo Gómez Ocerín, Federico de Onís, Antonio García Solalinde, Florentino Castro Guisasola, Zacarías García Villada, Miguel Artigas o Eduardo García de Diego.

Llega luego la *Memoria correspondiente á [...] 1914 y 1915*, y en la misma se menciona ya a D. Ramón Menéndez Pidal en tanto «Presidente del Centro y Director de la Sección de Filología» del mismo; entonces figura Navarro como «Secretario del Centro». Desde este momento los nombres de investigadores que formaban parte de la sección filológica siguen aumentando, y aunque sea en algún caso creemos que por una sola vez, aparecen ciertamente registrados Benito Sánchez Alonso, Samuel Gili Gaya, Amado Alonso, Eduardo Martínez Torner, José F. Montesinos, Manuel Manrique de Lara, Vicente García de Diego, Emilio Alarcos García, Miguel Herrero García, Ernesto Giménez Caballero, Dámaso Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Juan Dantín Cereceda, Pedro Sánchez Sevilla, José F. Pastor, Carmen Fontecha, Pedro U. González de la Calle, Agustín Millares Carlo, Rafael Lapesa, Homero Serís, Pedro Salinas, Lorenzo R. Castellano, Enriqueta Hors, Enrique Moreno Báez, Salvador Fernández Ramírez, etc.; adscrito a la sección creada en los últimos tiempos de «Literatura contemporánea», aparece asimismo Vicente Llorens.

EL HOMBRE AMADO ALONSO

Amado Alonso vivió nada más que cincuenta y cinco años pero es acaso el filólogo más completo con que hemos contado nunca, dado que entendía en verdad de todo lo filológico y en todo se manifestó con un nivel sostenido de calidad, sin los altibajos que a veces se observan en otros maestros de su edad o posteriores. De la fonética a la gramática y a la teoría y filosofía del lenguaje, de la historia a la teoría y a la crítica literarias, nada de la filología le fue ajeno: si en Alemania se especializó en fonética, no menos parece haber estudiado filosofía. Pero don Amado no ha tenido siempre fortuna póstuma: faltan en el mercado libros suyos, y los artículos se encuentran en bastantes ocasiones dispersos y podemos decir por experiencia personal que no son fáciles de encontrar. Aunque en algún momento y en lo que se refiere a la historia peninsular de la pronunciación llega a hacer alguna afirmación que puede sorprender, la lectura y consideración de todas las páginas dedicadas por él a este asunto resulta imprescindible, aunque a veces vemos que no se hace; acaso y sin que su autor lo pretendiese en absoluto, le ha perjudicado una advertencia de Lapesa acerca de que la historia fonética del siglo XVI se entiende de manera en parte distinta a como lo hacía el maestro navarro-argentino.

Contamos con varias Bibliografías de la obra de nuestro autor; en tales recuentos se hace inventario de la obra cumplida en una vida corta (según hemos dicho) de nada más que 55 años –a Amado Alonso le faltaron algo más de cien días para cumplir los 56, aunque es corriente asignarle por error esos 56 años–. Hay libros suyos que sólo se han publicado una vez (*Problemas de dialectología hispanoamericana; El problema de la lengua en América; La Argentina y la nivelación del idioma*; etc.), y hay más artículos suyos de los que desearíamos difíciles de encontrar, tal como queda anotado. La cátedra de

«Lengua Española» (cuarta cátedra) de la UNED, pone a disposición de los alumnos aquellos de los que ha podido hacer copia.

La *Bibliografía de Amado Alonso* publicada en tanto «homenaje de sus discípulos» en el Buenos Aires de 1946 contiene además de un escrito de María Rosa Lida, datos biográficos que cabe recoger.

Se nos dice en ella –con datos verosíblemente proporcionados por el mismo autor– que en 1939 adoptó la ciudadanía argentina, y que ya en 1917 había ingresado en el «Centro de Estudios Históricos» madrileño, en el que estudió fonética con Tomás Navarro Tomás; luego entre 1922 y 1924 prosiguió en Hamburgo tal especialización fonética con el prof. Panconcelli-Calzia.

De vuelta a Madrid llevó a cabo las primeras publicaciones y se doctoró, para ir a Puerto Rico en el verano del año 27 y enseguida a la Argentina para dirigir en la capital el «Instituto de Filología»; luego de los años bonaerenses sólo le quedaron seis años más de vida, que pasó en la Universidad de Harvard y dedicó al estudio febril de la historia de la pronunciación. Entre los discípulos de los años argentinos cuyo nombre se transcribe en el folleto aludido (*Bibliografía...*) se encuentran Pedro Henríquez Ureña, Eleuterio Tiscornia, Rosenblat, la ya mencionada María Rosa, su hermano Raimundo, Marcos Morínigo, Berta Elena Vidal de Battini, Ana María Barrenechea, Raúl Moglia, Daniel Devoto o Juan Bautista Avalle Arce; prácticamente la totalidad de estos nombres son nombres señeros en la investigación de la lengua y la literatura españolas e hispanoamericanas.

Don Amado –decía la entonces señorita Lida con ocasión de este *homenaje de sus discípulos*–, «pertenece a la ciencia universal», a saber: «todo el que estudie español, lengua y literatura, en Europa o en América, como alumno o como profesor, tiene que recurrir a [l]os trabajos» del maestro navarro. Y proclamaba asimismo María Rosa, en referencia a él, que la calidad de sus escritos superaba con mucho al número, y que tales trabajos permitían percibir el perfil «de un filólogo en el antiguo sentido de la palabra, de un amante de las letras, con el espíritu abierto a toda sollicitación espiritual, y con el temple esencial del hombre de ciencia: intuición fina, firme razonamiento, examen infatigable de cada dato».

Amado Alonso fue en efecto un filólogo de los verdaderos, amante de los textos y que no prescindía de ellos, sólido en sus datos tantas veces asombrosos (como bien puede advertirse en el libro sobre Neruda, y particularmente en todos los escritos –más numerosos que sus dos conocidos tomos– en torno a la historia de la pronunciación castellana).

Señalaba en fin Lida que el maestro Amado aconsejaba a sus discípulos bonaerenses «la crítica objetiva y cortés de las opiniones ajenas», y se trata ciertamente de una bella lección moral. En el estudio cabe disentir de un colega, pero debe hacerse siempre con respeto absoluto a la persona de quien se discrepa, y de manera objetiva, sin forzar las cosas u ocultar los datos para dar lugar a ese criticismo que se busca: a veces se observa que un estudioso prescinde de los datos reales o de la prioridad en el tiempo del trabajo de otro, y acaba estando convencido de sus propias falsedades.

LA OBRA ESCRITA DE DON AMADO

Dejando lo biográfico, ya hemos dicho en otra ocasión cómo don Amado dedicó la obra escrita aproximadamente a estos capítulos temáticos:

1. La lengua en América
2. Historia de la lengua española
3. Teoría del lenguaje
4. Teoría literaria
5. Historia literaria
6. Gramática y estilística de la lengua
7. Estilística literaria
8. Fonética, fonología y dialectología

En la trayectoria de nuestro autor cabe advertir cómo a dialectología y a fonética está dedicada prácticamente toda su vida; los trabajos de gramática y estilística de la lengua se concentran más en los años treinta, y los de estilística literaria a principios de los cuarenta. En la segunda mitad de los años de permanencia en la Argentina se interesó mucho por lo que él mismo denominaba «Filosofía y teoría del lenguaje»: a su iniciativa se debe el haber tenido a Saussure, a Bally, a Vossler, en castellano, y sin su muerte tempranamente sórdida habríamos tenido antes a Troubetzkoy.

Don Amado tuvo especial interés por la centuria del Quinientos; se trata ciertamente de una centuria clave, si entendemos al Quinientos desde 1492, con la implantación de la lengua en América, etc. Menéndez Pidal publicó en 1950 un párrafo instructivo en el que no parece que se haya reparado y que dice en abreviatura:

El idioma sufre ahora en sus rumbos el giro más amplio y fuerte que [...] ha experimentado. El advenimiento de los Reyes Católicos unifica definitivamente los dos grandes dialectos afines, castellano y aragonés [...]; los correctores de pruebas tipográficas fueron el organismo [...] que más hizo por uniformar la lengua literaria. [...] Jorge Manrique] quiebra la dirección estilística predominante en la alta literatura. Y después los descubrimientos geográficos, la dispersión de los judíos españoles, las empresas de Italia, son sucesos llamados a modificar como ningún otro la vida del idioma.

Estamos en efecto ante unos años decisivos, los que siguen a 1492, y la avaloración pidalina la heredó y la mantuvo Amado Alonso, a quien además y dada su estancia en América y la nueva nacionalidad argentina le importaba mucho la implantación de la lengua en ese nuevo continente.

PRIMEROS ESCRITOS BONAERENSES

Del año 1927 es un escrito del joven Amado Alonso publicado ya en Buenos Aires: se rotula «Lingüística espiritualista». El autor entiende que el naturalismo como doctrina idiomática ha quebrado y debe quebrar, y de esta manera pide otra manera de ciencia del lenguaje que llama espiritualista:

El lenguaje como expresión es un acto espiritual, y nadie puede señalar leyes a los movimientos del espíritu. Podremos consignarlos después de cumplidos, pero nada más. Si vemos que en un grandísimo número de palabras españolas *cl* se ha convertido en *j*, no lo interpretemos como ley que pesó sobre el español, sino como acto espiritual, es decir, libre, de un an-

tepasado nuestro que creó tal expresión de modo determinado [...]; lo demás queda a cargo de la tendencia a la nivelación, innegable en la colectividad.

Total, dos razones espirituales: creación y nivelación.

La lengua la entiende nuestro autor como creación porque tiende a ver en ella no lo que hay de repetición más o menos mecánica, sino la libertad que preside cualquier acto de habla. El cambio lingüístico resulta así una innovación expresiva que luego queda igualado o nivelado en la comunidad hablante. Esta idea de «nivelación» idiomática la empleará Amado de continuo.

Otras páginas del Amado que había llegado poco antes a la Argentina son las que rotuló «Lingüística e historia»; acababa de editarse la obra magna pidalina *Orígenes del español*, y era inevitable que el discípulo tratase efectivamente de historia y lingüística.

Se distingue –escribió en efecto– por lo atractivo de sus postulados, un grupo de lingüistas que a sí mismos se llaman ‘idealistas’, y cuya característica es considerar cada fenómeno como un acto y no como un hecho. Es decir, referirse siempre al momento en que un cambio tiene lugar, al instante de la creación, porque más tarde ya no es cambio sino repetición; ya no es creación espiritual, sino caso de inercia.

A Amado le importa el idealismo lingüístico, o sea, el estudio de la creación idiomática, aunque como dirá asimismo, debe atenderse por igual a los usos colectivos en cuanto llegan a establecerse por un motivo o por otro: «La verdadera significación de un fenómeno lingüístico sólo quedará fijada cuando hayamos reconstruido el proceso psicológico individual que determina la creación y las condiciones colectivas o sociales que la hacen convencional».

Se trata así de atender a lo que de creador hay en el idioma –pronunciaciones, semántica, etc.–, y a las condiciones para que esa creación se generalice y cobre vigencia. Amado tenía razón; el lenguaje es acción creadora y repetición social, y a lo uno y a lo otro debe atenderse; estamos en ambos casos ante hechos espirituales, aunque lo sean en distinto grado: más en el caso de las creaciones, menos en la adopción y empleo de creaciones anteriores, que muchas veces hay que reconocer que se adoptan y hacen propias de manera automática o inconsciente.

En el contexto de las anteriores consideraciones Amado presenta una obra –*Orígenes del español*– que cumple el anhelo científico que venía exponiendo, y entonces, con palabras bellas y de emoción irrepitible, proclama:

Por fin [...] aparece un libro en donde se realiza y se cumple la síntesis cuadrangular: psicología individual y psicología colectiva, historia y geografía. No había sido precedido de ningún programa, ni comporta diatribas contra ninguno de los que se quieren alzar con el monopolio del interés científico. Se hace en él caso omiso de extremismos propios de las afirmaciones polémicas, de ese no querer aceptar el valor de otros puntos de vista, y se utilizan y se prolongan fecundamente las investigaciones y los aciertos de cada uno. El libro se llama ‘Orígenes del español’, y su autor es Ramón Menéndez Pidal.

En efecto la psicología individual de la creación lingüística, la psicología colectiva actuante en la adopción y transmisión de esas creaciones individuales en su origen, los

datos geográficos y los cronológicos se conjugan coherentemente en esta obra maestra pidalina, inigualada luego, aunque –de haber tenido vida el filólogo navarro– acaso podría haber constituido un texto paralelo al pidalino el de la Historia de la pronunciación española de Amado Alonso.

Decía el joven Amado que a don Ramón le había sido preciso contrastar en *Orígenes...* «muchos *dónde*s con muchos *cuándo*s», y ciertamente es obra en la que se aplica constantemente el criterio geográfico-cronológico que venía de lo mejor de la romanística y que Menéndez Pidal defendió desde hacia primeros del siglo XX.

SOBRE ESTILÍSTICA

Amado Alonso escribió más tarde pero pronto, en 1932, un «Propósito» al frente de su «Colección de Estudios Estilísticos», y expuso cómo Bally había sistematizado los «humores subjetivos» que lleva en sí la palabra –emociones, valoraciones, fantasías, voliciones– además de su poder comunicativo, y cómo a la nueva disciplina la denominó Estilística; y si la Estilística –completaba– en cuanto investigación de lo afectivo en la lengua corriente ha alcanzado estatuto y responsabilidad científicos, la «*Ciencia de los estilos*, como investigación del acento personal en la lengua literaria de un autor, también [los] tiene».

Debemos quedarnos con esta proposición de una «Ciencia de los estilos» literarios que se ha de ocupar del acento personal de cada autor; no obstante, hacia el final de su vida Amado precisó las cosas en un párrafo que por su importancia debemos copiar y considerar:

La significación tiene siempre carácter lógico, pero en el contenido de una expresión hay siempre otras sustancias que no pertenecen a la esfera de lo lógico. Se emplea generalmente el nombre de *estilística* para el estudio de esas sustancias extra-intelectuales. [...] La estilística del habla se ocupa de los estilos individuales, prácticamente de los literarios; la estilística de la lengua se ocupa de las sustancias afectivas, imaginativas, activas y asociativas que integran con la referencia lógica [...] el contenido total de una expresión [...] como contenido comúnmente compartido y vivido por todos los que hablan la lengua correspondiente.

El contenido de las expresiones idiomáticas no es sólo lógico sino que está integrado por sustancias emotivas, de la fantasía, actuativas, o valorativas (*hierbajo*, *vejete*), y tales sustancias en cuanto pertenecen a la lengua común las analiza la estilística de la lengua o estilística propiamente dicha; la ciencia de los estilos literarios o estilística del habla se ha de ocupar de la expresividad individual, de los estilos literarios particulares. A su vez Menéndez Pidal pensaba que el de los principales estudios literarios es uno de los capítulos de cualquier Historia de una lengua dada; Dámaso Alonso por otra parte tuvo como estímulo inspirador –entre otros– el de algunos textos teóricos sobre estilística de su coetáneo y amigo fraternal Amado Alonso.

Si enumeramos lo más canónico de estilística literaria que hizo el autor navarro, debemos señalar que en 1940 dio a luz su lograda monografía *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, muy analítica y que no deja de incluir pasajes teóricos; que de 1941 es el manifiesto teórico «Carta a Alfonso Reyes sobre la estilística», y de 1942, el artículo complementario

tario a la «Carta...», «La interpretación estilística de los textos literarios»; en fin del mismo 1942 es el volumen compuesto por dos monografías *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en «La gloria de don Ramiro»*.

Queda dicho que en algunas manifestaciones doctrinales de Dámaso Alonso no deja de encontrarse presente la traza de don Amado; limitándonos a mencionar algunos títulos de mayor importancia, ha de decirse que al contrario de lo ocurrido con el otro Alonso y en parte con Menéndez Pidal, de don Dámaso sí que existe por fortuna una recopilación de sus trabajos, que es el conjunto de sus *Obras Completas*, y en las mismas se ven varios títulos señeros en particular para lo que ahora nos importa: «Vida y obra de Medrano»; «Góngora y el «Polifemo»»; «La «Epístola moral a Fabio», de Andrés Fernández de Andrada»; etc. Todas estas aportaciones resultan de lectura necesaria, y asimismo nada puede suplir la lectura directa de su principal aportación teórica expresa, la del libro «Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos».

LA GENERACIÓN DE CRÍTICOS DE 1936

A la llamada a veces generación del 36 hay que adscribir —ya queda dicho— nombres como los de Enrique Moreno Báez, Emilio Orozco, José Manuel Blecua, José Antonio Maravall, Rafael Lapesa, Vicente Llorens, Ricardo Gullón, Guillermo Díaz Plaja, ...

Don José Manuel Blecua tuvo un perfil como persona y como profesor que nos recuerda al de Rafael Lapesa: sobriedad investigadora y expositiva, rigurosidad en el dato, análisis de las fuentes, interés lo mismo por lo medieval que por lo áureo o lo contemporáneo, probidad moral, vida sencilla y austera, ... De hecho ellos fueron amigos y —según decimos— presentan un perfil intelectual y humano un tanto análogo.

Blecua fue catedrático de Instituto en tiempos de la República, y empezó a publicar en plena guerra civil, en 1938: se trata de una persona formada y madura desde antes de 1936.

Nuestro autor tuvo siempre en el mercado manuales de Historia de la literatura española y materias afines, y además de la exposición propiamente histórica, varios de ellos no dejaban de incluir elementos teóricos (aunque don José Manuel era más dado a lo empírico que a lo teórico, al igual que Lapesa): por ejemplo el que se rotuló —de acuerdo con los cuestionarios oficiales— *Los géneros literarios y su historia*, o uno rotulado simplemente *Literatura*, que tiene preciosas observaciones de teoría literaria en los capítulos iniciales que a su vez muestran la huella de quien había sido su alumno Fernando Lázaro.

Tampoco faltan atisbos teóricos en sus tres obras sucesivas e igualmente muy bellas *Sobre poesía de la Edad de Oro* (Madrid, Gredos, 1970); *Sobre el rigor poético en España y otros ensayos* (Barcelona, Ariel, 1977); y *La vida como discurso* (Zaragoza, Herald de Aragón, 1981); ningún filólogo puede desconocer estos tres volúmenes de ensayos y notas eruditas.

A su vez y en los dos tomos de *Historia y textos de la literatura española*, Blecua recuerda por ej. cómo «la creación de la prosa novelística arranca en España de don Juan Manuel», y cómo «él fue el primero que llegó a sentir una preocupación por el estilo personal»; no puede prescindirse en efecto del autor de Escalona en la trayectoria de nuestra prosa de arte, aunque a veces vemos que se hace.

Blecua proclamaba asimismo –y también por ej.– que la segunda mitad del siglo XVI, el momento «del segundo Renacimiento», fue «la época en que el idioma, claro y sobrio, alcanza su máxima belleza»: es la idea de Menéndez Pidal, quien siempre ponderó la segunda mitad del Quinientos en tanto la cima de la lengua castellana; de Fray Luis de León dice en concreto don José Manuel que alcanza por resultado «el hallazgo de una prosa poética», una prosa llena de musicalidad «que da a su obra un valor perenne y clásico», y que de otra parte alcanza en la lírica «una adecuación perfecta entre el espíritu y la materia poética, un equilibrio armonioso que hace de su poesía más espiritual que retórica, la más perfecta lírica de los siglos XVI y XVII». En cuanto a esta poesía lírica nos encontramos evidentemente ante una apreciación estética de Blecua, quien estima en los versos luisianos la mejor poesía lírica de la que él denomina «Edad de Oro»; Dámaso Alonso –al menos en algunas etapas de su trayectoria– acaso hubiera hecho otras estimaciones y valoraciones (a su vez si en alguna ocasión –tal como queda dicho– don José Manuel nos parece que se hace eco de su alumno F. Lázaro, el propio Lázaro parece hacerse eco de su maestro Blecua cuando dice pasados los años que «Fray Luis logra la armonía por una perfecta correspondencia entre «lo que se dice» y «la manera como se dice». [...] A ello se debe que sea nuestro escritor clásico por antonomasia»).

Don José Manuel Blecua dedicó muchas labores y trabajos de su vida a editar a Quevedo, y del escritor madrileño decía que «es uno de los más grandes poetas de todos los tiempos», y que su obra en prosa ofrece «una variedad extraordinaria»; de su estilo elocutivo escribía:

El estilo de Quevedo es uno de los más originales de toda nuestra literatura. El lenguaje no conocía secretos para su pluma y extrema las posibilidades expresivas de una palabra por medio de antítesis, juegos de voces, paronomasia[s], etc. [...] Quevedo ve todo a través de un proceso desrealizador y caricatural, deformando hiperbólicamente la realidad. Por esta causa es el más barroco de los prosistas españoles.

La lengua y el estilo de Quevedo constituyen efectivamente uno de los grandes capítulos de relieve en la historia del idioma español. Pero Blecua asimismo ha notado cómo de su parte Gracián «utiliza con más frecuencia aún que Quevedo las paronomasias, las contraposiciones y los juegos de voces. Sus descripciones son también hiperbólicas y desrealizadoras». Etc.

COETÁNEOS DE BLECUA

La obra de Emilio Orozco es amplia y decisiva en algunas cuestiones: nadie quizá como él ha teorizado los aspectos estético-literarios del Manierismo y el Barroco españoles; estamos en efecto ante el profesor acaso más dotado para la teoría, para la Estética, etc., de entre sus coetáneos. Nuestro autor asimismo era ya una persona formada y madura al llegar la contienda de 1936/1939.

Su primera obra representativa –luego de una inicial dedicación que viene de antes de la guerra a las artes plásticas en exclusiva–, fue *Temas del Barroco de poesía y pintura* (1947), texto en el que además de definir el estilo se refería al sentido pictórico del color

en la poesía, a la temática del «bodegón» y a la de las ruinas y jardines, etc.; se trata –según decimos– de un libro temprano y precioso, que casi medio siglo más tarde continúa siendo de lectura necesaria.

Los problemas teóricos siguieron ocupando a nuestro autor en sucesivos escritos que darían al fin su volumen *Manierismo y Barroco* (1970), con páginas asimismo decisivas en la crítica literaria española; otros estudios encontraron orden y sentido en el volumen *Paisaje y sentimiento de la Naturaleza en la poesía española* (1968), que además de cuestiones del barroco trataba de textos medievales o contemporáneos (Antonio Machado principalmente, al que dedica un verdadero libro que aparece ahora dentro de otro libro).

Junto al Barroco la mística literaria fue asimismo asunto preferido del profesor granadino: *Poesía y mística. Introducción a la lírica de San Juan de la Cruz* (1959), y –años más tarde– *Mística, plástica y Barroco* (1977), y *Expresión, comunicación y estilo en la obra de Santa Teresa* (1987). Del XVII dedicó un volumen monográfico a *Góngora* (1953).

Las teorizaciones sobre el Barroco no dejaron de ocupar nunca a Orozco, quien volvería una y otra vez a lo mismo no ya para reimprimir sus páginas anteriormente editadas, sino para escribir otras nuevas que dieron lugar en primer término al libro *El poema «Granada» de Collado del Hierro* (1964), en el que estudia a propósito de un texto concreto el asunto del poema descriptivo; tales teorizaciones cristalizaron además en el volumen *El barroquismo de Velázquez* (1965), y en la monografía *El teatro y la teatralidad del Barroco* (1969), certera en las interpretaciones artísticas pero acaso un tanto elemental o idealizante en las socio-históricas. En fin de gran relieve son los dos volúmenes de *Introducción al Barroco* (1988), volúmenes de cuya lectura no ha de prescindir ningún estudioso serio.

Emilio Orozco por igual analizaría a los *Grandes poetas renacentistas* (1973, y luego con contenido diferente en parte editado en 2004), y a *Cervantes y la novela del Barroco* (1992). Etc.

Nuestro autor hizo historia asimismo de la polémica de las «Soledades» gongorinas, pero a la par de sus textos en tal sentido (*En torno a las «Soledades» de Góngora*, 1969; *Lope y Góngora frente a frente*, 1973) hay que tener presentes las rectificaciones y correcciones que han hecho a tales textos los extraordinarios especialistas Robert Jammes y Antonio Carreira.

El granadino Emilio Orozco tiene sus obras llenas de referencias a la historia de la pintura, y sobre esa historia hizo además –antes o después de los trabajos sobre literatura– libros monográficos dedicados a Pedro Atanasio Bocanegra, a Sánchez Cotán, etc. Escribió asimismo sobre la Cartuja granadina, ... Estamos en suma ante un estudioso literario de relieve, que analizó perfectamente y desde el lado estético el Manierismo y el Barroco, con concepciones muy vigentes aún; no conocemos a ningún otro autor que lo haya hecho igual en nuestra crítica, aunque ciertamente algunas de sus exposiciones histórico-eruditas han de revisarse en algunos extremos.

Por otra parte y para terminar, recordaremos cómo Rafael Lapesa fue sobre todo lingüista, especializado en dialectología y en sintaxis históricas, materias sobre las que ha dejado muchas páginas perdurables y que tardarán en envejecer tanto como las de lingüística de Menéndez Pidal, en buena parte –las pidalinas– vigentes ochenta o cien

años más tarde de quedar escritas. Pero no dejó Lapesa de simultanear sus afanes sobre el idioma con el que le llevó a estudiar las letras de la serie castellana: de hecho firmó unas oposiciones —que no hizo— a la antigua cátedra de «Gramática General y Crítica Literaria», y su trabajo de firma dio lugar a la monografía *La trayectoria poética de Garcilaso*.

Otro análisis monográfico posterior fue el que trató de *La obra literaria del Marqués de Santillana*, y luego muchos artículos anteriores o posteriores a los años en que publicó esos libros quedaron recogidos en sus sucesivos volúmenes *De la Edad Media a nuestros días*, *Poetas y prosistas de ayer y de hoy*, *De Ayala a Ayala*, y *De Berceo a Jorge Guillén*. Los dos trabajos monográficos más muchos de los capítulos de los volúmenes misceláneos son canónicos y resultan de lectura imprescindible; algunos parecen más circunstanciales.

En fin nadie desconoce que Lapesa es autor asimismo de un en su origen manual de bachillerato: se trata de su *Introducción a los estudios literarios**.

* Estas páginas están dedicadas a la musicóloga y estudiosa de la «Institución Libre de Enseñanza» Leticia Sánchez de Andrés.